

desde la crisis

Madame Bovary y la soberanía nacional*

Margo Glantz

Todavía era yo adolescente cuando leí *Madame Bovary*. Desde entonces no he podido volverla a leer, y debo asegurar que ha pasado mucha agua bajo los puentes. Y no he podido volverla a leer por una simple razón, y no se vaya a creer que por la escena final del envenenamiento, esa escena es larguísima, o mejor esa descripción de páginas y páginas donde la protagonista va sufriendo poco a poco la inexorable acción del arsénico, una acción que se describe con morosidad y delectación y que nos permite sentir y ver cómo el veneno va provocando reacciones fisiológicas terribles y, sin embargo, tan lentas que la muerte tarda siglos novelescos en sobrevenir. No, esa no es la causa de mi aversión hacia la novela; tampoco me causa aversión que Miss Emily, la del famoso cuento de Faulkner, le haya dado veneno para ratas a su bien amado, el *yankee* Homero Barron, para provocarle en su noche de bodas deliciosos y retardados estremecimientos, muy probablemente los mismos estremecimientos convulsivos del veneno que devastó el maravilloso y apetecible cuerpo de Emma Bovary. No, lo que más aversión me causa, sí, una profunda aversión (aún vigente), es el paulatino endeudamiento que la va dejando sin recursos, que va enajenando su matrimonio y el de su hija, la pobre Berta Bovary, mucho menos bella que su madre y mucho menos frívola, y también, mucho menos inteligente. No, lo que más me espanta, me produce náuseas y me impide volver a leer la novela, es la incapacidad de la protagonista de mirar hacia el futuro, de conservar o aumentar su patrimonio, su disposición a enajenarse y a enajenar a quienes la rodean.

* Publicado en *El país*, página 2, de la sección "México", el martes 14 de febrero de 1995. Agradecemos a su autora el permiso de publicación

¿Qué relación tiene esta afinidad negativa que tengo con Emma Bovary y la deuda pública mexicana? Debo contestar que quizá tenga yo una rama de locura en mis venas, o en mis genes, pero las veleidades de Emma Bovary me producen y me produjeron una angustia tan enorme sólo posible de explicar mediante una asociación o sensación personal: esa angustia debe haber sido profética, debe haber sido una sensación violenta, la de prever que en el lejano futuro de mi vida y también en el lejano futuro de mi patria —y perdónese me la cursilería decimonónica implícita en esa frase, a pesar de la irreverente minúscula con que desfiguro la ortografía de la patria— se produciría un proceso similar de endeudamiento, un camino cuidadosamente construido, un camino que nos llevaría de gobernante a gobernante a enajenar nuestro patrimonio, con una diferencia singular y quizá mayúscula, que el resultado de ese descuido, de ese dispendio, de esa ostentación grandilocuente, napoleónica, no conduciría, como en el caso de Emma Bovary, a la desaparición del causante o causantes de la deuda, una desaparición violenta, una desaparición que descoyuntase su (o sus) cuerpo(s), una desaparición provocada por la decisión afortunada del culpable de ingerir una buena dosis de veneno, una dosis lo suficientemente fuerte como para aniquilar de una vez por todas a las ratas, a todas las ratas, esas ratas que aprovechan su imperio para hacer grandes agujeros que le abren la puerta a abiertas e inadmisibles extorsiones.